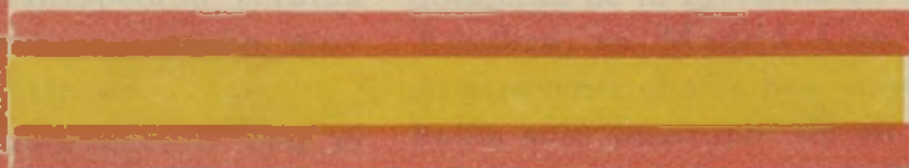


LA BENEMÉRITA



El prestigioso Coronel del 10.º Tercio de la Guardia Civil, Excmo. Sr. D. Pedro Romero Basart, condecorado con la Cruz Laureada de San Fernando por su brillantísima actuación como Teniente Coronel Jefe de las valientes y abnegadas fuerzas de la Comandancia de Toledo, a las órdenes del heroico Coronel, hoy General Moscardó, en la defensa del histórico Alcázar toledano



LA BENEMÉRITA



El general Coronel del 10.º Tercio de la Guardia Civil, Excmo. Sr. D. Pedro Romero Bastar, condecorado con la Cruz Laureada de San Fernando por su brillante actuación como Teniente Coronel Jefe de las valientes y abnegadas fuerzas de la Comandancia de Toledo, a las órdenes del heroico Coronel hoy General Morcillo, en la defensa del histórico Alcazar toledano.



La Benemérita

Revista de Información profesional

Redacción y Admón.: Fernández de Isla, 11, 1.º - SANTANDER - Teléfono 22-32 - Apartado 106

SE PUBLICA QUINCENALMENTE

Precio de la suscripción TRES ptas. trimestre

Pago adelantado por Giro Postal

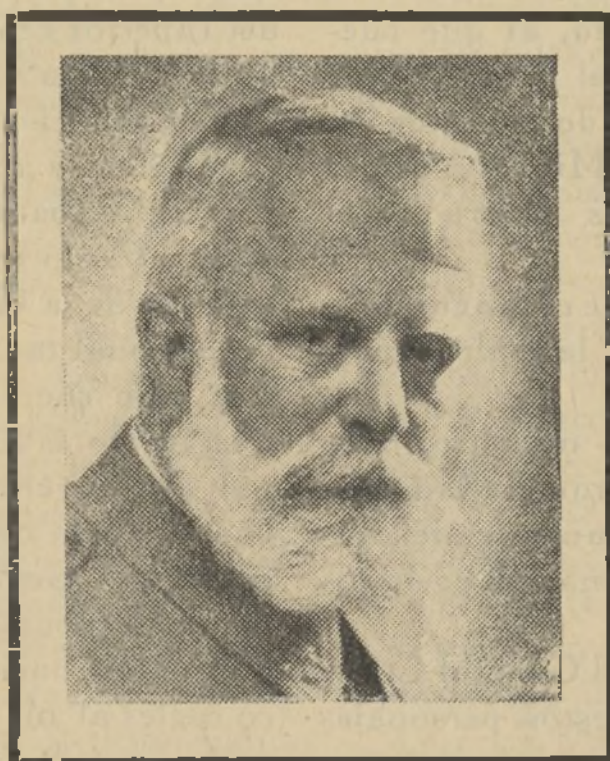
Gastos de Giro de cuenta del suscriptor

Año I

Segunda Epoca - 30 de Mayo de 1938 - II Año Triunfal

Núm. 10

A la
memoria
del General



D. Miguel
Cabanellas
Ferrer

Cerrado ya nuestro número anterior, recibimos la fatal noticia de la muertel de ilustre General don Miguel Cabanellas.

Sólo unas líneas expresivas de nuestra condolencia pudimos dedicar entonces a quien fué para nosotros un consejero leal, un benefactor valioso y desinteresado y siempre un amigo paternal al que venerábamos y cuya inesperada pérdida ha dejado en nuestro corazón muy profundo sentimiento.

Trabamos conocimiento con el ilustre General, nombrado director

general de la Guardia civil en febrero de 1932, en sustitución del glorioso General Sanjurjo, de muy grata memoria, a los pocos días de haberse hecho cargo de su alto destino. Y desde entonces nuestras entrevistas fueron frecuentes.

Poco después de haber cesado en el mando del Cuerpo, lo que ocurrió en agosto de 1932, le visitamos en su domicilio de la Avenida de Alberto Aguilera, en Madrid. Con aquella su atrayente charla nos contó cómo había sido destituido de su puesto.

Llamáronle un día al despacho

del Ministerio de la Guerra en el que estaban el monstruoso Azaña y su compinche Casares Quiroga.

—Mire usted, Cabanellas, díjole el funesto Azaña, tiene usted que presentar su dimisión porque se le ha sublevado un Tercio de la Guardia civil.

—No tengo inconveniente en hacerlo siempre que dimita a la vez el ministro de la Guerra, al que además de ese Tercio del Instituto, que como Cuerpo armado depende en primer lugar de su Ministerio, se le han sublevado tres Cuerpos del Ejército.

Terció en el debate el sanguinario Casares y el general le replicó enérgico:

—Y usted, señor ministro, debe también dimitir, porque la Guardia civil depende directamente del Ministerio de la Gobernación en lo tocante al servicio.

Forcejearon con el General Cabanellas los dos funestos personajes para lograr su voluntaria dimisión e incluso le ofrecieron una Inspección general del Ejército u otro destino que le conviniese; pero el director de la Guardia civil se mantuvo firme en su negativa, que consideraba justa y lógica, y el arbitrario Azaña le destituyó del cargo, nombrando para sustituirle, como inspector del Instituto, al General Bedia de la Cavallería, amigo íntimo de Casares Quiroga. La Dirección general de la Guardia civil fué suprimida aquel mismo día y ésta pasó a depender por entero del Ministerio de la Gobernación.

En 15 de febrero de 1935, volvió a

ponerse al frente del Instituto el General Cabanellas, relevando en el cargo de Inspector general precisamente al mismo General Bedia.

En enero de 1936, el gran cacique y afamado muñidor electoral Portela Valladares, quiso hacer mangas y capirotos con el personal del Cuerpo, trasladando en pleno período electoral y sin conocimiento previo del Inspector general, no sólo a clases e individuos de las Comandancias de Galicia, sino a primeros jefes de ellas y a jefes de Tercio. El General Cabanellas, siempre digno, se le enfrentó y salió honrosamente otra vez de la Guardia civil, con cuyo personal tan encariñado estaba. Por bajo cuerda, unos jefes indignos, traidores a la Cruzada nacional, que huyeron de Madrid a Bilbao en avión cuando las victoriosas tropas del Generalísimo se acercaban a Carabanchel y de la capital de Vizcaya hacia Francia en un barco inglés al oír los primeros cañonazos por la parte de Archanda, intrigaban contra el General Cabanellas en sus conciliábulos con Portela.

Las etapas de mando del General Cabanellas fueron muy fructíferas para el Cuerpo.

Acabó primero con aquellos establecimientos industriales montados a todo tren por el general Burguete, de poca grata memoria nacional, y con las absorbentes ambiciones explotadoras de los contratistas, decretando la libre adquisición de prendas, y llevó a cabo reformas importantes en el vestuario y equipo, autorizando el uso del impermeable,

tan necesario en estas lluviosas regiones del Norte de España.

La memoria del ilustre General don Miguel Cabanellas, será imperecedera en el Cuerpo y muy especialmente en nosotros, que tan favorecidos fuimos en varias ocasiones, y particularmente en los meses de nuestra prisión allá por el año 32, de la que consiguió sacarnos después de 81 días de absurda reclusión, al principio de la cual el nefasto Casares Quiroga nos suprimió telegráficamente la publicación de nuestra revista «La Benemérita».

La muerte de don Miguel causó profunda emoción en la España de Franco.

Radio nacional de España dedicó al gran General y caballero una sentida necrología. «Ha muerto, decía, un General del Ejército de España, un caballero español». Y recordaba su elección de diputado a Cortes por Jaén en 1933 y su presidencia de la Junta de Defensa Nacional constituida en 24 de julio de 1936, cuando las armas de la España auténtica acababan de blandirse sobre los que osaban aniquilarla. De sus manos recibió el Caudillo su nombramiento de jefe del Estado.

Reproducimos a continuación unas notas periodísticas tomadas de algunos diarios, relativas al fallecimiento y sepelio del General Cabanellas.

Duelo por la muerte del General Cabanellas.-Detalles del entierro

Málaga, 14.—Ha muerto un gran soldado. La muerte del ilustre general don Miguel Cabanellas, ocurrida en Málaga, ha causado hondo

sentimiento en toda España y muy especialmente en esta ciudad. Desde que se tuvo conocimiento del fallecimiento, numerosas personas de todas clases sociales acudieron a testimoniar su sentimiento al hotel donde se hospedaba el general.

La capilla ardiente se vió muy concurrida durante toda la noche anterior y duró hasta la hora de la conducción del cadáver, haciéndole guardia jefes y oficiales del Ejército y muchas damas, que de esta forma testimoniaban el sentimiento que les había producido la desgracia.

Málaga tuvo ayer pulsaciones de emoción patriótica, porque el dolor que exteriorizó con motivo de la muerte del ilustre General Cabanellas fué el reconocimiento del valor personal y moral del invicto soldado y de todas las virtudes que le adornaban y que le llevaron a hacer frente en Aragón a la horda roja, derrotada en la ciudad donde el anarquismo tenía su sede.

La gesta gloriosa de la defensa de Zaragoza resonaba con viva fuerza en los oídos de todos y Málaga rindió su testimonio de admiración ante el general y militar que tanto bien ha hecho a la Patria.

La estancia fúnebre se hallaba adornada con numerosas coronas de flores naturales, todas ellas dedicadas por deudos y amigos del finado.

Llegan las autoridades

Poco antes de la hora señalada para el entierro, las cinco de la tarde, comenzaron a llegar al hotel de la Caleta las autoridades de Málaga y las que habían concurrido de

otros puntos de España, con el exclusivo objeto de acompañar al cadáver del ilustre general a su última morada.

El señor Obispo de la diócesis se personó también en la cámara mortuoria, rezando un responso ante el cadáver.

La parroquia del Sagrario y buen número de sacerdotes entonaron una oración al cadáver antes de ser trasladado al coche mortuario.

Se pone en marcha la comitiva

A hombros de ocho jefes y oficiales del Ejército, entre ellos el comandante de Estado Mayor, ayudante del general, señor Montesinos, fué sacado el féretro de la cámara mortuoria.

La banda de música del regimiento de Oviedo entonó el himno nacional mientras la guardia presentaba armas al paso del cadáver.

Este fué colocado en un lujoso coche, tirado por ocho caballos empenachados y sus correspondientes servidores vestidos con el uniforme propio del acto.

Abría la marcha una sección motorista del Ejército, seguida por la parroquia del Sagrario con cruz alzada y numerosos sacerdotes. A continuación marchaban una nutrida representación religiosa, Hermanas de la Caridad y otras Congregaciones.

Seguían varias coronas que eran llevadas por soldados del Ejército y por los institutos armados. Después iban varios coches abarrotados de coronas.

El ilustre general del Ejército del Sur, don Gonzalo Queipo de Lla-

no, había llegado expresamente de Sevilla para presidir el acto, ostentando, a más de la representación del Caudillo, la suya propia.

El general Queipo de Llano, en representación del Generalísimo, dió a la familia doliente, en nombre del Caudillo, el más sentido pésame, condoliéndose, al igual de todos los buenos españoles, por la desgracia que sufren los deudos y la nación.

Formaban la presidencia oficial, con el general Queipo de Llano, el gobernador militar de Málaga, general jefe, gobernador civil, alcalde, jefes de Falange, autoridades locales y provinciales, destacando numerosos jefes y oficiales del Ejército.

En representación del Ministro de Educación Nacional, figuraba en la comitiva su hermano, don Agustín Sáinz Rodríguez.

La presidencia familiar estaba integrada por los hijos del finado, don Emilio y don Miguel, sobrinos, hijos políticos y demás familia.

Las tropas cubrieron la carrera durante el paso del fúnebre cortejo, y durante todo el trayecto se congregó numerosísimo público, que presenció el paso de la comitiva.

En el cementerio de San Miguel era casi imposible el tránsito por la gran afluencia de personas. Las fuerzas desfilaron ante el cadáver, que recibió cristiana sepultura en la capilla particular de los marqueses de Larios.

Algunos datos biográficos

El ilustre general muerto pertenecía al arma de Caballería y en 1924 ascendió a general de división. Más tarde fué nombrado Director general

de la Guardia civil, siendo elegido diputado a Cortes por Jaén el año 1933. Estuvo en Africa ocupando distintos y elevados puestos militares.

El funesto Casares Quiroga le destituyó de la Dirección general de la benemérita, quedando en la situación de disponible hasta que le fué conferido el cargo de inspector general de la Guardia civil, del que le quitó Portela Valladares.

Don Miguel Cabanellas desempeñaba el mando de la 5.^a División (Zaragoza) al producirse el glorioso alzamiento salvador de España. Cuando se constituyó la Junta de Defensa Nacional, que tuvo por sede Burgos, fué elegido para la presidencia de la misma, teniendo para ello en cuenta, no sólo su edad y mayor antigüedad en el empleo que

sus compañeros, sino también sus excepcionales dotes de jefe y bien cimentado prestigio, conseguido a lo largo de su brillante carrera.

Al frente de la Junta, que asumió todos los poderes de la nación, realizó una labor fecunda, organizando todos los servicios técnicos que fueron encauzando hacia la normalidad la vida civil española. Constituido el Gobierno, cesó en el desempeño de su elevado cargo, siendo nombrado inspector general del Ejército, puesto que ocupaba en la actualidad.

Desde hace algún tiempo se encontraba enfermo, habiéndose trasladado a Málaga con objeto de ver si la benignidad de aquel clima mejoraba su salud sobremanera delicada.

Descanse en la paz del Señor el ilustre general.

Homenaje al camarada Tomás Romojaro

A las dos de la tarde del pasado día 27, se celebró en el amplio comedor de la Sociedad de Tenis de esta capital, el almuerzo íntimo con que los funcionarios de la Subdelegación del Estado para Prensa y Propaganda y la Prensa de Santander, ofrecieron como despedida al ilustre camarada Tomás Romojaro, jefe hasta esa fecha de la mencionada Subdelegación y hoy jefe provincial de Falange Española Tradicionalista y de las J. O. N. S., de Toledo.

Ocupaban la mesa presidencial con el homenajeado, el Excmo. se-

ñor Gobernador civil de la provincia y muy elocuente orador don Agustín Zancajo Osorio, el decano de los periodistas montañeses don Angel Quintana, el jefe local camarada José Porres y los directores de «Alerta» y «Diario Montañés» y el encargado interino de la Jefatura provincial del Servicio Nacional de Prensa camarada Cayo Pombo. Entre los numerosos comensales, redactores en su mayoría de la Prensa diaria montañesa, figuraba el director de esta revista, camarada Jenaro G. Geijo.

El camarada festejado, Tomás

Romojaro, que desde la liberación de Santander venía ejerciendo el cargo de Subdelegado de Prensa y Propaganda del Estado, deja aquí numerosas y afectuosas simpatías noblemente granjeadas por su rectitud, afabilidad y exquisito trato.

Sentimos de corazón su ausencia y deseamos, a quien tantas atenciones debemos, feliz estancia en la capital toledana y grandes éxitos en su nuevo e importante cargo.

Movimiento de personal

ASCENSOS

A General de Brigada, el Coronel del Instituto don Agustín Piñol Riera.

—A Tenientes los Alféreces don Eugenio Laso García, don Joaquín García Sánchez, don David García Hernández, don Damián Contreras García, don Tomás Jarque Marcos, don Felipe Ruiz Pérez, don Félix Sotoca Cañas, don Vicente Herrera Doñate, don Antonio Portillo Mohino, don Francisco de la Flor Fuentes, don Antonio Ruiz Moyano, don Adolfo Oliete Rovira y don José Sánchez Tomé.

—A Alférez, los Brigadas don Fernando Lechuga Reyes y don Francisco Retamosa Real (fallecido).

—A Brigada, los Sargentos don Witiza Ayala Moreno, don Leopoldo Ruiz Cuerda y don Juan Hernández Requena.

—A Sargentos, los Cabos don Román Lapeña Girón, don Eugenio Lorenzana Galán, don José Méndez Amor, don Manuel Garoz Puebla,

don Abel Pérez Miró y don Luis Cerdán Tomás.

DESTINOS

Coronel don Manuel Pereita Vela, al 22 Tercio (Santander).

—Teniente coronel don Tomás Fernández Rogina, de Pontevedra a Lugo.

—Comandantes don Enrique Pueyo del Val, de Huesca a Palencia; don Mariano Manso Ruiz, de Vizcaya a Huelva y don José Blanco Novo, de Palencia a Pontevedra.

—Capitanes don Antonio Guerra Gallego, de Salamanca a Zamora y don Antonio Galán Hidalgo, de Sevilla (interior) a Huesca.

—Teniente don Manuel Bolívar Ruiz, de Soria a la de La Coruña.

—A reemplazo, por herido, el Sargento don Gabriel García Pérez.

BAJAS

Por desafectos al Glorioso Movimiento Nacional, la causan en el Instituto el Coronel don Ramón Pérez Tello y el Teniente don Serafín Flores Meilán.

A nuestros colaboradores

En cumplimiento de lo que dispone la ley de Prensa en el párrafo segundo del artículo décimo, ponemos en conocimiento de nuestros colaboradores y de cuantas personas nos remiten informaciones y notas, que todas ellas deberán venir firmadas con el nombre y los dos apellidos de sus autores, aun cuando en su publicación se omitan o lo sean con pseudónimo, sin cuyo requisito se darán por no recibidas y, por lo tanto, no publicadas.

LA DEFENSA DEL ALCAZAR

A causa del aislamiento total con la zona liberada y muchos kilómetros de distancia de la misma, no pudo saberse hasta después de su liberación quiénes y cuántos eran los defensores del Alcázar.

Durante el asedio, del que España y el mundo entero estaban pendientes, se escribió mucho relativo a tan gran episodio. Todos los días periódicos españoles y extranjeros daban noticias de la heroica defensa bajo el título «Los Cadetes del Alcázar». Yo he visto libros, reportajes de cine y hasta marcas de artículos con el mismo nombre.

El adoptar tal título fué sin duda debido a que el Alcázar era Academia militar. Pero por ser meses de verano, en la Academia había vacaciones. Y naturalmente, los alumnos tenían que ser muy pocos. Y en efecto, así fué.

Como era lógico, dado su mayor número, el peso de la defensa tenía que gravitar sobre la Guardia civil. Hubo además jefes y oficiales de diferentes Armas, que eran de lo más selecto y preclaro del Ejército: la sección de tropa de la Academia y otra sección de la Escuela central de Gimnasia, además de unos cincuenta falangistas. Y para que no faltase una representación de lo que se forjaba dentro de aquellos muros, había siete Cadetes, siete bravos, que siempre se les veía en los sitios de mayor peligro y se revelaron como veteranos en el arte de la guerra, aunque algunos de ellos llevaban sólo un año de Academia.

En el Alcázar estaba la Comandancia de la Guardia civil que mandaba el teniente coronel señor Romero Basart, con sus 700 individuos, compuesta por cuatro Compañías que cubrían los cuatro frentes que existían.

El mayor número de bajas tenía que ser, dada su mayor contingencia, de la Guardia civil. Llegaron éstas en los oficiales al 70 por 100 aproximadamente.

De estos guardias civiles, para los que el deber y disciplina son palabras sobrenaturales de las que tienen formado tal concepto, dieron muchos lo más que puede darse: la vida.

Yo he visto en el Alcázar a aquellos guardias civiles que parecían espectros, pegados día y noche a las piedras de sus parapetos. Tenían el pensamiento puesto en España y no les importaba que fuera grande el bombardeo de artillería ni que encima runrunearan más o menos aparatos moscovitas. Ellos defendiendo su puesto y muriendo en él si era preciso, podían decir que se llevaban la satisfacción del deber cumplido.

El día de la liberación llegó Franco al Alcázar. Empezaron a bajar los defensores de las montañas de ruínas y a salir de entre las piedras. Se reunieron ante el Caudillo que estaba contemplando, quizá conversando con la estatua de otro César como él, con Carlos V. Y aquellos guardias civiles, que en aquellos momentos no llevaban ya más que

girones de su uniforme, escuchaban a Franco como a un Mesías y ante ellos, el hombre vencedor en cien combates, no pudo contener unas lágrimas de gratitud por la defensa que, en unión de los otros héroes, hicieron del lugar que un día le viera salir lleno de juventud y de ilusiones militares.

A ellos les cabe también el honor de haber estudiado y aprendido entre las ruinas de la histórica Academia toledana la lección más grande que sobre la guerra diese aquella cuna de la Infantería española: la defensa del Alcázar.

A. DIAZ-GUERRA

Medalla de Sufrimientos por la Patria

Por órdenes de 25 de abril de 1938 (Bs. Os. números 554 y 535) se conceden las siguientes:

Teniente de la Comandancia de Oviedo, don Narciso Torrado Luis; cabo de dicha Comandancia don Narciso Lozano López con pensión mensual de 12,50 pesetas, por cinco años; guardia de la repetida Comandancia, don Manuel Flores Cómitre, con pensión mensual de 12,50 pesetas por cinco años; guardia de la de Toledo, don Pascual Avis Fernández con pensión mensual vitalicia de 12,50 pesetas y guardia de la Comandancia de Avila, don Marcelino García Monje con pensión mensual de 12,50 pesetas, por cinco años.

Orden de 28 de abril (B. O. núm. 559); Capitán don Arturo García González.

Orden de 29 de abril de 1938 (B. O.

núm. 559). Brigada de la Comandancia de Málaga, don Francisco Pérez Rubio, sin pensión por renuncia expresa del interesado en beneficio del Tesoro; cabo de la Comandancia de Jaén, don Heriberto Algaba Felguera, con 12,50 pesetas, vitalicia; guardia de la Comandancia de Oviedo, don Francisco Camacho García, con 12,50 pesetas, vitalicia; guardia de la de Logroño, don José Miranda Calvo, con 12,50 pesetas, vitalicia.

Orden de 5 de mayo de 1938 (B. O. núm. 564).

Alférez de la Comandancia de Oviedo, don Isidoro Iglesias Rodríguez, herido leve, siendo Brigada, pensión mensual vitalicia de 20 pesetas.

Brigada de la de Zaragoza don Félix Núñez Azuara, con 20 pesetas, vitalicia; Cabo de la de Salamanca, don Patricio Serrano Rodríguez, con 12,50 pesetas, vitalicia; Cabo de la de Toledo, don Domingo Carro Fernández, herido grave en el Alcázar de Toledo, con 12,50 pesetas vitalicia; Guardia de la Comandancia de Oviedo, don Carlos García del Valle, con 12,50 pesetas vitalicia, y Guardia de la Comandancia de Alava, don Antonio Veiga Arias, con 12,50 pesetas, vitalicia.

Orden de 4 de mayo de 1938 (B. O. núm. 564).

Se concede dicha condecoración a doña Adoración Gómez Hernández, esposa del Capitán del Instituto don Antonio Fernández Sevillano.

Orden de 3 de mayo de 1938 (B. O. núm. 556).

Alférez de la Comandancia de Burgos, don Vicente Rojo Casado, herido, siendo Brigada, en Miranda de Ebro, pensión mensual vitalicia de 20 pesetas; Guardia de la Comandancia de Oviedo, don An-

tonio Pérez Dieguez, pensión mensual por cinco años, de 12,50 pesetas y guardia de la de Alava, don Juan Díaz Ureta, pensión mensual vitalicia de 12,50 pesetas.

Orden de 6 de mayo de 1936 (B. O. núm. 567).

Cabo de la Comandancia de Cáceres, don José Martínez Oriza, sin pensión por renuncia expresa del interesado; guardia de la de Oviedo, don Feliciano Mazuelas Cabezón, pensión de 12,50 pesetas mensuales, vitalicia.

Orden de 7 de mayo de 1938 (B. O. núm. 570).

Guardia don Antonio Campano Andrades, de la Comandancia de Málaga, con pensión mensual vitalicia de 12,50 pesetas mensuales a partir del primer día del mes siguiente a la actual campaña por cederla el interesado mientras duren las actuales circunstancias.

Guardia de la de Alava don Leonardo Nicolás Martínez, pensión mensual vitalicia de 12,50 pesetas.

Guardia de la de Oviedo, don Juan Nebreda Morales, herido dos veces; una pensión, mensual de 12,50 pesetas, por cinco años y otra de 12,50 pesetas mensuales vitalicia.

Orden de 9 de mayo de 1938 (B. O. núm. 572).

Guardias don Dionisio Díez Izquierdo, de la Comandancia de Burgos, don Lorenzo Inocente Peral y don Francisco Rico Rodríguez de la de Oviedo, pensión mensual vitalicia de 12,50 pesetas a cada uno.

Ordenes de 12, 13 y 14 de mayo de 1938 (B. O. núm. 573).

Brigada de la Comandancia de Sevilla, don Antonio Medina Caro, herido siendo

Sargento, pensión mensual vitalicia de 17,50 pesetas.

Cabos, don Antonio Ariño Colorado de la de Teruel y don Rufino Vela Gordillo de la de Oviedo, y guardias don Juan Carrillo Abalos de la de Málaga, don Aquilino Ciespo Herrera, de la de Toledo, don Joaquín Casado Martín, de la de Alava y don Juan García Aparicio, de la de Oviedo, pensión mensual vitalicia de 12,50 pesetas a cada uno.

Orden de 21 de mayo de 1938 (B. O. núm. 580).

Brigada de la Comandancia de Oviedo, don Rafael Maroto Rodríguez, herido siendo Sargento, pensión mensual vitalicia de 17,50 pesetas; Cabo de la de Zaragoza, don José Jiménez Mota, pensión mensual vitalicia de 12,50 pesetas; guardias, don José Gurrea Mendive de la de Zaragoza y don Inocencio Rogan Foz, de la de Teruel, sin pensión por renuncia expresa de los interesados en beneficio del Tesoro, y guardias don Francisco Lacalle Andrés y don Severino Rodríguez Ravera de la de Oviedo, pensión mensual vitalicia de 12,50 pesetas.

Mutilados (Dirección)

Decreto de 11 de abril de 1938 (B. O. núm. 539)

Artículo único.— Entre los organismos adscritos al Ministerio de Defensa Nacional, que enumera el párrafo último del artículo 7.º de la Ley de 30 de enero de 1938, queda incluida la Dirección de Mutilados de Guerra.

Dado en Burgos, etc.

Visado por la censura

Santander bajo la tiranía marxista

Cartas a un suscriptor

IX

Distinguido amigo: Al día siguiente de nuestra resurrección a la vida civil y a la gloria de la España Imperial, Santander cambiaba de aspecto. Limpieza en todo, querido compañero; en las bocazas inmundas de las desgredadas tiorras que ya no escupían insultos, ni imprecaciones, ni amenazas, y en las habosas de la chusma que ya no gritaba blasfemias en las calles ni indecencias en su prensa; limpieza en éstas también para redimir las de inmundicias y detritus, legado obligado de la horda, y limpieza en las fachadas de las casas sucias de pasquines amenazantes y jactanciosos, y en los buenos corazones de los que el sol de la liberación había disipado la neblina de la esclavitud que durante trece meses los entenebreciera, y limpieza, por fin, de ladrones, de asesinos agazapados, de inductores e «inductoras», lobos y lobas carniceros, viles y taimados, cubiertos ahora con piel de cordero, que comenzaban a caer en las redes de la severa justicia prometida por el Caudillo.

Y más tarde, puesta en marcha de los tranvías, parados desde hacía días por falta de flúido eléctrico, corbatas en los cuellos, sombreros en las cabezas, hábitos sacerdotales y tocas monjiles por las calles, sonar jubiloso de campanas, tantos meses mudas, llamando a los fieles

cristianos a las dos o tres capillas salvadas de la rabiosa devastación roja, para adorar en ellas públicamente y sin peligro al Dios, a quien tanto habíamos orado en secreto en el más apartado rincón de los atribulados hogares; en la amplia ratonera de la bahía un barco asturiano que de noche y con las luces apagadas habíase metido en ella creyendo, porque así lo había asegurado el tradicionalmente mendaz parte bolchevique, que Santander era aún del marxismo, de cuya falsedad diéronse cuenta al alborear el día y ver los balcones engalanados con los alegres colores de la España nacional de la que en vano intentó huir el navío rojo.

Lo único que no estaba limpio y se iba «ensuciando» cada día con más ricas «porquerías» (jamones, chorizos, salchichones, etc.) eran los escaparates y estanterías de las tiendas, que nos hacían creer que habíamos sido transportados por arte de magia a la auténtica Jauja.

¡Qué dirían al ver aquellas tiendas repletas y las carnicerías bien abastecidas, y los mostradores de las pescaderías con merluza y pescadillas frescas, y las panaderías con pan blanco, abundante, y los comedores de Auxilio Social abiertos desde el mismo día de la liberación, repartiendo gratuitamente millares de raciones de pan y comida a los menes-

terosos, aquellos enjambres de refugiados vascos y muchos papanatas de aquí, víctimas de la falacia de sus embaucadores, que proclamaban en las interminables colas que en la zona nacionalista la gente perecía de hambre por falta de subsistencial ¡Qué mentís más rotundo daban la despensa y la caridad inagotable de la España española a los ridículos farsantes de la maltrecha España soviética!

Fué para mí gran placer abrazar en la calle, en plena libertad, a los heroicos amigos que desafiando peligros, formaban a diario en mi domicilio la inolvidable tertulia, disuelta quince días antes del fin de nuestro cautiverio por haber «ingresado» algunos de ellos «como voluntarios» en las brigadas de fortificación de las que logré eludirme y otro, acaso el más contumaz y comprometedor, en la prisión provincial, denunciado a última hora por una de las sirvientas de su hotel. Que este iba a ser el fin del antiguo compañero Fidel Madariaga, con el que convivimos unos cuantos meses en Santa Isabel de Fernando Póo allá por los años 1911 y 1912 se lo habíamos pronosticado repetidas veces, y lo que nos extrañaba era que le tardase tanto en llegar su inevitable hora.

Tuvimos conocimiento por la Radio de la iniciación del glorioso movimiento salvador de España. Realmente, no nos sorprendió. Veíamos cómo la tiranía roja, la más absurda y criminal de todas las tiranías,

iba enseñoreándose de España y hundiéndola en el caos; y venían a menudo a mi mente aquella contundente frase de «La Escuela de las Princesas», de Benavente: «Todas las tiranías acaban en revolución» y también unas palabras secas y tajantes, entonces enigmáticas para mí que meses antes de la gloriosa fecha —en enero, si mal no recuerdo— al hablar con él en su despacho de la Inspección general de la Guardia Civil, había oído de labios del llorado e ilustre General don Miguel Cabanellas: «Hay que acabar con esto».

Lo único que nos sorprendió fué que aquí, en Santander, los que tenían en sus manos la espada de mando, la mantuvieron envainada. Lo que vino después era lo que tenía que venir y lo que no hubiera acontecido si unos y otros, los de arriba primero y luego los de abajo, al ver la perplejidad de los de arriba, hubiésemos tenido la osadía y el valor de imponernos a ellos.

Desde aquel día feliz para España e infeliz para la Montaña, dimos de mano a nuestros habituales trabajos y nos «pegamos» a nuestro potente aparato receptor. Ibamos captando y anotando noticias para facilitarlas a los amigos que, ávidos de ellas, acudían a visitarnos.

De once a una y de dos y media en adelante, hasta las nueve de la noche, nos congregábamos ante la la Radio Pepín Verenciano, Federico Gómez Toca, jóvenes amigos de mi hijo, éste y yo. Nuestro optimismo lo fomentaban y acrecían las noticias que desde Sevilla transmi-

tía el ilustre general Queipo de Llano. Lo que propalaban las emisoras rojas, lejos de aplanarnos, nos servían de regocijo. ¡A nosotros con bulos y fantasías! ¡Sí, sí!

Cuando comenzó a dar noticias oficiales «Radio Castilla», de Burgos, que recibíamos retransmitidas por la de Zaragoza, aumentaron los tertulianos. A las dos y media, a más de los expresados y algún otro oyente circunstancial, que si no los teníamos bien clasificados admitíamos con cierta prevención, concurría la mayoría de los días el eminente doctor Lamelas, de la Casa de Salud Valdecilla, quien con el pretexto de visitar a mi esposa, a la que tiene sometida a tratamiento médico, se enteraba de la marcha de lo que tanto nos interesaba. Por la noche los «espectadores» aumentaban. Ocasión hubo en que nos sentábamos ante el aparato hasta una docena de personas, mujeres en su mayoría, a las que recomendábamos el más absoluto silencio, para no perder ni una sílaba de la emisión. Y aunque parezca raro, lo lográbamos siempre. Oíamos con ansiedad las charlas de don Gonzalo y nuestro corazón palpitaba de gozo. Seguíamos alborozados la conquista de Sevilla y su provincia, los avances por Córdoba, el paso de las fuerzas de África por el Estrecho, la toma de Huelva y Badajoz y todas las incidencias de la triunfante campaña de las armas de España. Allá a las doce de la noche se disolvía la reunión. ¡Buena redada hubiesen hecho los rojos si llegan a «calarnos»!

Quedábamos aún a la escucha

hasta las tres o las cuatro de la mañana mi hijo y yo y oíamos las conversaciones entre Oviedo y Tetuán y las que mantenía frecuentemente con su señora e hijos el entonces coronel Aranda. ¡Qué sensación de seguridad nos daba el invicto defensor de Oviedo!

Por la mañana escuchábamos al ladino y orondo don Inda las instrucciones que daba al fracasado comisario de Asturias y acreditado desvalijador de Cajas bancarias, González Peña y a sus adláteres de Bilbao. Prieto se hacía llamar «don Alberto» y dictaba por fonía a «El Liberal» su acostumbrada crónica periodística.

Nuestras radios de Santa Cruz de Tenerife, Las Palmas, Córdoba, Tetuán y Palma de Mallorca, nos repetían las noticias y nos daban animadas y patrióticas charlas, originales algunas de queridos amigos y colaboradores de nuestra revista, entre otros el culto sargento don Cándido Gallego y el ilustrado guardia don Serafín Martínez. Las «broncas» entre uno de los locutores de Palma de Mallorca con los charlatanes rojos, especialmente con uno, ya viejo, de Torrente (Valencia) nos servían de regocijo.

La noticia de la gloriosa caída de los héroes del cuartel de Simancas, de Gijón, nos contristó sobremanera. La brillante conquista de Irún y la toma de San Sebastián nos daban la esperanza de nuestra próxima redención. No fué así, desgraciadamente; pero no por eso vaciló nuestra fe ni se entibiaron nuestros entusiasmos.

La conquista de Toledo y la liberación del Alcázar, donde unos centenares de valerosos civiles, a las órdenes de su teniente coronel, hoy coronel y laureado señor Romero Basart, defendieron, en unión de los aguerridos cadetes, a las órdenes todos del glorioso coronel, ahora general Moscardó, que allá por tierras de Cataluña aumenta con nuevos laureles su corona de triunfos, nos produjo verdadero júbilo.

Llegó para nosotros un día fatal y fué aquel en que tuvimos que desprendernos de la radio, o mejor dicho, de las radios, pues poseíamos dos. Una de cinco lámparas, de onda corta, bastante gastada, la entregamos sustituyéndole dos válvulas útiles por otras dos inservibles. El otro aparato de once lámparas no queríamos que sirviera para recreo de cualquier pelandusca o pelandusco rojo. Un súbdito mejicano fascista y español, nos lo recogió y cuando marchó para allá, huyendo de la quema, lo depositó en el Consulado mejicano, de donde lo sacamos dos días después de nuestra liberación. Nos quedábamos, pues, sin la mejor fuente de información y había que arbitrar otras para estar al corriente de los progresos de nuestro Ejército.

Unas lindas muchachas nos traían casi a diario, en unos papelitos escondidos entre los guantes o en los zapatos «lo que decía Queipo» y lo que publicaba el parte oficial. Los amigos de mi hijo también aportaban datos. Carrá, músico retirado, venía algunas mañanas con sus notas; un cartero, apellidado Castillo,

nos daba bastantes noticias y de todo esto nos resultaba una información casi perfecta.

Pasado algún tiempo, se formalizó la tertulia. Después del mediodía venían a casa los amigos de mi hijo, más tarde, aunque no a diario, don Jaime Ausín, cuya fe en el triunfo de las armas de Franco fué firme e inquebrantable desde el primer momento y tras de echarse su buena siesta, llegaba Fidel Madariaga, el cual, desde la misma puerta del piso, comenzaba a declamar el discurso que parecía se traía ensayado ¡Qué frases más «castelarinas» nos soltaba! ¡Qué acentos más dramáticos los suyos! ¡Qué preguntas nos hacía! «¿Sabes qué habrá sido de un pariente de mi señora empleado en la Diputación Provincial de Toledo? ¿Y de unos familiares míos labradores de Talavera? ¿Y de un sobrino que es Coronel retirado con sueldo de General?» Pero, hijo mío, le contestábamos «¿tú crees que hemos heredado las virtudes adivinatorias de madame Tebes, pongo por pitonisa? Era divertido y pintoresco el amigo Fidel. Cuando estaba verdaderamente «grandilocuente» era al perorar sobre los líderes marxistas y sus privilegios, sobre las criadas, porteras, pescaderas, etc. ¡Oh entonces! Y como todo lo decía en voz demasiado alta y estábamos ya un poco «moscas» con nuestra sirvienta, teníamos que mandarle callar. Verdaderamente su visita era comprometedor y como de igual manera se producía en su hotel, lleno de gente, con rojos y rojas recalcitrantes, dió un buen día con los huesos

en la cárcel, de donde salió el mismo día de ser liberado Santander.

Hacia las siete de la tarde nos reuníamos en una habitación reservada de la casa el notable periodista y gran amigo don Antonio Morillas, mi antiguo y querido ex vecino don Lucas Vitini y mi hijo. Aunque no a diario, concurrían también a la sesión nocturna algunos de los visitantes de otras horas. Nuestra primera labor era el cambio de noticias. Morillas las tomaba taquígráficamente donde podía y luego nos las leía; don Lucas traía también las suyas y a veces nos contradecía las ajenas y se entablaba una pequeña y amistosa discusión. Lo único que no se discutía era nuestro creciente optimismo en la causa. ¡Qué planes de batalla formábamos! ¡Los desembarcos que organizábamos! Tal día, por San Pedro del Mar, entran los nuestros. Para tal fecha nos van a despertar los cañonazos por la parte del Sardinero. Anoche, los reflectores estuvieron iluminando la costa. Antes de quince días estamos ya libres. Y a veces

Rogamos

a nuestros compañeros: que las revistas que lleguen a un puesto a nombre de un suscriptor que ya no pertenezca a él, nos sean devueltas, indicando su destino.

Con este señaladísimo favor, que de todo corazón les agradeceremos, nos evitarán la pérdida de ejemplares y, lo que es peor aún, que tengamos que andar reclamando de quien por ausencia, traslado o baja no haya recibido los números, el pago de ellos.

llegábamos a convencernos de que efectivamente iba a suceder así. Y hasta las nueve de la noche, hora del desfile, lo pasábamos admirablemente, con el desarrollo de nuestros planes, con las apostillas de don Lucas y con la amena y chispeante charla de don Antonio.

Y mientras tanto se nos vigilaba sin nosotros saberlo ni siquiera sospecharlo y se nos había localizado. Una noche al abrir la puerta de la escalera para dar salida y despedida a mis visitantes nos topamos con un guardia de Asalto plantado ante ella. Yo no sé la estatura que llegaría á alcanzar el gigante Goliath; pero el guardia aquel le llegaba lo menos a las cejas. Nos miró de arriba abajo, tornó a mirarnos y cuando esperábamos que nos invitase a acompañarle, se le ocurrió a Morillas: «si el estado de gravedad de la enferma va en aumento, avísenos a cualquier hora. Verdaderamente que está muy mal; pero no pierda usted las esperanzas. No desplegó los labios el descomunal guardia; pero el susto nuestro y el de la «enferma grave», a la puerta también, fué como para disolver definitivamente la tertulia. ¡Pero cualquiera frenaba nuestros entusiasmos! Volvió a casa Madariaga a la hora de costumbre a pesar de haberle advertido el peligro que corríamos y volvió a perorar en voz alta ¡Cómo estarían aquellos suntuosos palacios de la nobleza madrileña! exclamaba compungido! ¡Qué sería de sus parientes! ¡Qué del Coronel con su sueldo de General! ¿Sabes Geijo qué día comenzará la ofensiva sobre

de que
r así. Y
e, hora
mirable-
nuestros
don Lu-
ispeante

vigilaba
era sos-
alizado.
ta de la
spedida
s con un
lo ante
te llega-
liat; pe-
gaba lo
miró de
arnos y
os invi-
currió a
ravedad
to, aví-
dadera-
pero no
No des-
al guar-
el de la
ca tam-
defini-
o cual-
tusias-
aga a la
e haber-
ríamos
ta ¡Có-
sos pa-
ñal ex-
sería de
nel con
s Geijo
a sobre

Santander? Y volvieron también los otros amigos hasta que los jóvenes fueron llamados a las filas rojas y los maduros a fortificar y yo que logré esquivar la construcción de trincheras y parapetos, peregrinaba secretamente por casas de Médicos y por donde podía obtener alguna noticia. Y no faltaba nunca la información, querido amigo. Ella era el más sabroso y exquisito manjar de los que esclavos durante tanto tiempo, veíamos acercarse a pasos agigantados la ansiada hora de nuestra libertad que, a grandes rasgos, tuvo la satisfacción de describirle en su anterior carta su afectísimo y viejo camarada,

JENARO G. GEIJO

PENSIONES

En relación inserta en el *Boletín Oficial del Estado* número 580, correspondiente al día 24 de mayo, figuran las siguientes pensiones causadas por personal del Instituto:

Doña Gregoria Hernández Añíbarro, viuda del capitán don Blás Castañedo Añíbarro, 1.000 pesetas anuales; doña María Fernández García, viuda del guardia don Fausto Caroso Jiménez, 3.200 ídem ídem; don Paulo y doña Carmen Díez Fumero y doña María del Rosario Díez González, huérfanos del subayudante don Ceferino Díez Franco, 1.250 ídem ídem; doña María Antón Batista, viuda del brigada don Mariano García Chamizo, 1.000 ídem ídem y doña Gloria Ibargüen Zamanillo, viuda del brigada don Salvador Albo Elorza, el 50 por 100 del sueldo del causante, excluidas las gratificaciones que éste disfrutase.

Homenaje a un gran español y a un héroe

Al gran Federico García Sanchís, admirador entusiasta del Instituto de la Guardia civil y cantor emocionado de sus glorias, dedicó nuestro llorado amigo y exquisito colaborador «Braumán» un precioso soneto.

«Braumán», alférez de la Comandancia de Toledo, don Braulio Manrique Gómez, murió luchando como un héroe a la cabeza de su sección en una de las salidas que desde el Alcázar inmortal hicieron en dirección a la plaza de Zocodover para ver de adueñarse de la ciudad.

Como homenaje al cantor de nuestras glorias, Federico el Grande y al querido y muy culto camarada muerto, Braulio Manrique Gómez, reproducimos el admirable soneto.

A Federico García Sanchís

(Gran patricio)

SALVE, MAGO

*Juglar, que en las mesetas de Castilla
canta, cual mago de hechicera gloria,
un romance sin fin de nuestra historia
afincada en la tierra la rodilla.*

*Charlista que en las cumbres te encaramas
como genio sin par de nuestra gesta,
y enamorado de quien tanto amas,
coronas de laurel su augusta testa...*

*Tu palabra modelo de oraciones,
suave, flúida, de concepto hermosa,
la legión del tricornio la ha escuchado.*

*¡Y cuánta gratitud por tus canciones!!
¡Y cuánto amor por tan lucida rosa
prendida a la orfandad, has despertado!*

BRAUMAN

Imprenta de la Librería Moderna.--Santander

**Para cambios de residencia y reclamaciones de números
haga uso de estos Boletines**

Cambio de residencia

Cuando algún señor suscriptor cambie de destino, es conveniente nos lo avise por el siguiente boletín:

D.
que prestaba sus servicios en el puesto de
de la Comandancia de
ha sido trasladado al de
de la Comandancia de donde
desea seguir recibiendo LA BENEMÉRITA.

Reclamación de números

El suscriptor que deje de recibir algún número, puede solicitar otro llenando el siguiente boletín que, como el anterior, puede remitirnos bajo *sobre abierto* franqueado con solo 2 céntimos.

D.
perteneciente al puesto de de la Comandan-
cia de reclama el número
de LA BENEMÉRITA, correspondiente al
del mes que no ha recibido.

A los señores suscriptores de LA BENEMÉRITA

Normas para el pago de la suscripción

Para la buena marcha y puntual salida de nuestra revista, precisamos que nuestros compañeros nos hagan el para nosotros señaladísimo favor de efectuar sus giros con la mayor puntualidad.

Nuestra situación económica después del insaciable expolio rojo, es verdaderamente precaria.

Nuestros suscriptores pueden hacer los giros por los meses que deseen, siendo conveniente que la cantidad mínima que se gire sea de tres pesetas. Todos los giros de un mismo puesto pueden hacerse en una misma libranza, para evitar mayores gastos.

Para la mayor claridad y exactitud en la anotación y abono de giros es *imprescindible* que se nos remita el adjunto boletín de **aviso de giro** que puede sernos enviado en sobre abierto, franqueado con **dos céntimos** a la siguiente dirección:

Impresos

Sr. Director de LA BENEMÉRITA

Apartado de Correos número 106

SANTANDER

Los gastos de giro son de cuenta del suscriptor.

El giro debe hacerse a nombre de **Jenaro G. Geijo, apartado 106. — Santander.** *En el boletín de aviso de giro no deben escribirse otros datos que los indispensables para llenarlo.*

BOLETÍN DE AVISO DE GIRO

El suscriptor de LA BENEMÉRITA, D.

....., perteneciente a la Comandancia de y con destino actualmente en el puesto de provincia de gira con esta fecha a don Jenaro G. Geijo, giro postal núm. ptas. para el pago de la suscripción de los meses de de 1938.

NOTA.—De este giro se enviará recibo al interesado directamente.

MUY INTERESANTE

Suscríbase a **La Benemérita** :- Haga propaganda de **La Benemérita**

La Benemérita fué, y seguirá siéndolo, una revista profesional y técnica.

La Benemérita reproducirá en sus páginas las disposiciones oficiales de la gloriosa Nueva España que afecten al Instituto y las que se refieran a los servicios encomendados al mismo.

La Benemérita publica dos números mensuales y un interesantísimo folleto legislativo o de formularios y casos prácticos.

¡Beneméritos honrad y dad vida próspera con el pequeño sacrificio de una peseta mensual a vuestra antigua revista.

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN: Una peseta al mes. que el interesado abonará directamente por giro postal al efectuar la suscripción. Los gastos de giro son de cuenta del suscriptor.

TIEMPO MÍNIMO DE SUSCRIPCIÓN: Tres meses. Pago adelantado.

Boletín de suscripción

Comandancia de Puesto de

Relación del personal del mismo que desea suscribirse a LA BENEMÉRITA

de de 1938

Remítase este boletín, en carta cerrada franqueada con treinta céntimos o en sobre abierto franqueado con dos, en este caso sin firmarlo, a la siguiente dirección:

Sr. Director de LA BENEMÉRITA.— Apartado de Correos, núm. 106.— SANTANDER